

VIGÉSIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La mayoría de nosotros recordamos haber escuchado algo durante la recuperación, que no hubiéramos querido oír. Alguien no se dejó engañar, cuestionó un comportamiento que habíamos minimizado o señaló un patrón que no estábamos preparados para admitir. Puede ser que en su momento no lo apreciáramos. Mirando hacia el pasado, esa conversación incómoda pudo haber sido una de las formas por las que Dios comenzó a guiarnos hacia la libertad.

Las lecturas de este domingo nos recuerdan que el amor y la verdad van de la mano. En la primera lectura, el Señor nombra a Ezequiel como un centinela y le indica que cuando el peligro esté cerca, le advierta a los demás (Ezequiel 33:7-9). En el Evangelio del domingo, Jesús traslada esa responsabilidad a la vida de la Iglesia: “*Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas.*” (Mateo 18:15).

Hay que percatarse del espíritu que se encuentra en la instrucción de Jesús. No comienza con una vergüenza pública, murmuraciones o juntando aliados. Empieza en lo privado. El objetivo no es demostrar que alguien está equivocado ni ganar una discusión. Jesús dice: “*Si te escucha, habrás salvado a tu hermano.*” (Mateo 18:15). El propósito de la corrección es la restauración.

Esto es profundamente relevante en la recuperación. La adicción prospera en el secreto, en la negación y en el pensamiento distorsionado. Abandonados a nosotros mismos, podemos llegar a ser expertos en justificar lo que es obvio para los demás. Necesitamos a personas que se preocupen lo suficiente como para decirnos la verdad. Un padrino, madrina, amigo, sacerdote, consejero, cónyuge o compañero de grupo, puede reconocer un patrón que aún no podemos ver. Su honestidad puede resultar incómoda, pero también puede convertirse en un instrumento de gracia.

Ser corregidos requiere humildad. Nuestra primera reacción puede ser defensiva, de culpa, de enfado o de deseo de justificarnos. La recuperación nos invita a detenernos y preguntarnos si hay verdad

en lo que estamos escuchando. No tenemos que aceptar todas las críticas como apropiadas, pero tampoco debemos descartar los comentarios difíciles, simplemente porque duelen. A veces, las palabras que más resistimos son las que más necesitamos examinar.

Decir la verdad también exige humildad. La recuperación no nos hace responsables de arreglar la vida de los demás. Podemos obsesionarnos con los defectos de otra persona, pero al mismo tiempo evitamos hacer nuestro propio inventario. Jesús nos llama, primero a hablar con honestidad cuando el amor así lo requiere, pero después, a soltar las consecuencias. Somos capaces de decir la verdad de forma clara y respetuosa. No podemos obligar a otra persona a recibirla.

En la segunda lectura, San Pablo nos da el parámetro para tener estas conversaciones: “*Quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, cumplir perfectamente la ley consiste en amar.*” (Romanos 13:10). La verdad sin amor puede convertirse en rudeza. El amor sin verdad puede convertirse en permisión. La recuperación que es madura nos pide que mantengamos ambos unidos.

Por esta razón, es que la comunidad es tan importante. Jesús promete: “*Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos*” (Mateo 18:20). Una comunidad de recuperación sana es más que un lugar donde nos sentimos comprendidos. Es un lugar donde podemos ser conocidos, desafiados, animados, perdonados y se nos recuerda sobre lo que es la verdad, en los momentos en que nuestro propio pensamiento se vuelve poco confiable.

A veces somos nosotros quienes necesitamos hablar. A veces somos quienes tienen que escuchar. La recuperación se fortalece cuando dejamos de tratar la corrección como rechazo y dejamos de confundir la honestidad con el control. Necesitamos personas que nos quieran lo suficiente como para decirnos la verdad, y necesitamos la humildad para recibirla cuando así lo hagan.

Cristo está presente en esta clase de comunidad. Cuando la verdad y la misericordia se mantienen juntas, las conversaciones difíciles pueden convertirse en lugares para la gracia. No nos salvamos ni nos arreglamos unos a otros, pero sí podemos ayudarnos a mantenernos despiertos, honestos y dirigidos hacia Aquel que lo puede hacer.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos te has resistido a aceptar algo que alguien te dijo durante tu recuperación, solo para después reconocer que sí había verdad en ello?
- Cuando tienes que atender el comportamiento de otra persona, qué es más probable ¿evitar la conversación, volverte rudo o intentar controlar el resultado? ¿Qué podría estarte pidiendo el amor que hagas?
- ¿Quién tiene permiso para hablarte con sinceridad sobre tu recuperación, y qué te ayuda a mantenerte humilde y dispuesto a aprender, aún cuando la verdad es difícil de escuchar?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Ezequiel 33:7-9

SAL. RESP. Salmo 95:1-2, 6-7, 8-9

SEGUNDA LECTURA Romanos 13:8-10

EVANGELIO Mateo 18:15-20